

Trigésimo segundo Domingo. Tiempo Ordinario. Año B

Lectio divina sobre Mc 12,41-44

El evangelio nos presenta hoy a Jesús como un atento observador del comportamiento humano y, en especial, como un buen conocedor de las intenciones más secretas que lo suelen guiar. Nadie de entre la muchedumbre que le oía, por más acostumbrado que estuviera a ver la solicitud de los letrados para conseguirse los mejores puestos, se hubiera atrevido a juzgarlos con tanta severidad; ninguno de los discípulos que, acompañándole en el templo, podrían haber contemplado la oferta de la viuda, supieron valorarla como Jesús lo hizo. Resulta curioso contemplar a un Jesús que se fija en los detalles más comunes de la vida diaria y que logra captar la última razón de las acciones de los hombres.

En aquel tiempo, ⁴¹estando Jesús sentado enfrente del arca de las ofrendas, observaba a la gente que iba echando dinero: muchos ricos echaban en cantidad; ⁴²se acercó una viuda pobre y echó dos reales.

⁴³Llamando a sus discípulos, les dijo:

«Os aseguro que esa pobre viuda ha echado en el arca de las ofrendas más que nadie. ⁴⁴Porque los demás han echado de lo que les sobra, pero ésta, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Enseñando en el Templo (Mc 11,27) Jesús ha tenido que afrontar una serie de debates que, sucesivamente, le han ido abriendo un grupo diverso de judíos relevantes. Se cierra la escena con un doble comentario, que esta vez no ha sido provocado por las preguntas de sus rivales, sino que nace de su empeño en instruir a la gente, primero (Mc 12,38-40), y a sus discípulos, después (Mc 12,41-44). En ambos casos, la enseñanza de Jesús parte de un capacidad de observación: si previene a “cuantos le escuchaban con agrado” (Mc 12,37) de la desenfrenada búsqueda de honores que domina a que se creen conocer la ley (Mc 12,38-40), a sus discípulos, en particular, les propone la generosidad de la pobre viuda como ejemplo de piedad auténtica (Mc 12,41-44).

La enseñanza de Jesús parte de un pequeño, para los demás desapercibido, hecho de vida. Jesús, atento a lo que pasa en su entorno, sabe valorar lo que observa: no alaba tanto la acción meritoria que la anciana realiza al dar una pequeña limosna; cualquier otro podría haber menospreciado el donativo, y a la donante, por su pequeñez. Jesús, en cambio, sabe cuánto le ha costado a la anciana entregar “todo lo que tenía para vivir” (Mc 12,44). Dios no se merece menos que todo, aunque esto sea bien poco. No es indiferente que esta ‘última enseñanza’ del tercer día en Jerusalén, Jesús se la dedique en exclusiva a sus discípulos.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Contra poniendo la actitud de los letrados con la de la viuda, Jesús da por finalizada una agria polémica contra los dirigentes del pueblo; unos buscan sacar provecho social de su piedad, la otra ofrece a Dios lo que necesita para vivir; ellos dan para recibir, ella da dándose totalmente; unos esperan obtener más de cuanto ofrecieron, la otra se pone en manos de Dios ofreciéndole cuanto tiene. Jesús comenta a sus discípulos la doble actuación, proponiendo a la viuda anónima como ejemplo: a Dios no hay que darle, de cuanto nos sobra, lo que nos guste, sino todo lo que necesitamos para vivir y nos parece imprescindible; no se merece nuestras sobras sino todo lo que tengamos; así se acrecienta el tesoro de nuestra fe y ponemos en Él la responsabilidad de nuestra supervivencia. Confiarle lo que tenemos para vivir supone dejarle en fianza nuestra vida.

Es consolador saber que podemos contar con un Dios que sabe discernir, más allá de las apariencias, la raíz del comportamiento de los hombres; un Dios que no se deja impresionar por quienes saben copar los mejores puestos, por cuantos buscan los primeros lugares, es un Dios al que no se le pasan desapercibidos todos los que no serán nunca los primeros; un Dios que valora nuestras acciones no por la atención que suscitan sino por los motivos que esconden, es un Dios del que se puede estar seguro que tomará en cuenta hasta lo más insignificante que hagamos por Él. Un Dios así, que no hace acepción de personas en sus juicios, al que no se le escapa actuación alguna, por inadvertida que pase ante los demás, es un Dios digno de toda confianza, un Dios en el que podemos confiar los que poco tenemos. Un Dios que ve a los que nada significan o poco valen a los ojos de los demás, es un Dios que basa nuestra esperanza de ser un día definitivamente valorados. Así es nuestro Dios, el Dios de Jesús, un Dios tan atento con nosotros que sabrá encontrar un buen motivo, donde nadie, excepto Él, creyó ver algo digno de mención.

Pero para poder contar con El tendríamos que vernos identificados en el comportamiento de la viuda más que en la actitud de los letrados. Si realmente deseamos que Dios tenga una opinión tan favorable sobre nosotros, como la tuvo Jesús de la pobre viuda, sin necesidad de que hagamos cosas extraordinarias, deberíamos poder vernos reflejados en la actuación de aquella pobre mujer y no en la de los sabios hombres. ¿Con quién, en definitiva, nos identificamos mejor? Mejor sería que nos preguntáramos, ¿con cuál de los dos nos identificaría Jesús mismo hoy, si nos contemplara como somos?

Los letrados eran los hombres de la ley de Dios; son figura de aquellos creyentes que hacen de la voluntad divina su profesión de por vida, que se dedican a entenderla y a enseñarla. Porque creen conocerla suficientemente, se creen fácilmente autosuficientes. Su piedad, sincera en intenciones, les lleva a arrogarse privilegios frente al prójimo que no sabe tanto de Dios: buscan así ser los primeros entre los buenos, porque se creen los primeros ante Dios. Y se sirven de su ciencia y de su piedad para acumular poder para sí y arrancar reconocimiento de los demás; alargan sus oraciones para alargar sus posesiones a costa de los indefensos. ¿Os parece duro?; Jesús lo expresó aún con más dureza: 'devoran los bienes de las viudas, con pretexto de largos rezos'. No le espera un juicio benigno a quien se sirve de su relación con Dios para medrar a costa del prójimo; no han de contar con un final feliz quienes se valen de Dios para dejar desvalido a su prójimo.

Jesús, tan crítico con quien aparenta piedad, es sensible a gestos inadvertidos de piedad auténtica. Y llama la atención de sus discípulos sobre lo que acaba de presenciar: delante de él una viuda ha ofrecido a Dios apenas unos reales; pero Jesús descubre que tal oferta, con ser nimia, era enorme para quien la hizo; y la propone como ejemplo a sus discípulos, no porque diera mucho, sino porque dio a su Dios todo lo que tenía. Poniendo en el tesoro del templo cuanto tenía para vivir, confiaba a Dios sus bienes escasos y, sobre todo, su vida entera; lo que entregó al templo no le bastaba para vivir, pero era todo lo que poseía; puso en manos de Dios lo que no le sobraba, su escasez y su necesidad; en vez de aumentar su pobreza, cargó a Dios con su necesidad: dándole todo, también cuanto necesitaba, le hizo depositario de su vida; puso en manos de Dios, - ¡qué buenas manos! -, hasta lo que no tenía, hasta ese punto llegó su confianza. La pobre viuda no dio una limosna a su Dios, le entregó los medios de subsistencia que tenía; no le dió lo que le sobraba, le entregó lo que necesitaba; poniendo en sus manos todo su capital, puso en manos de Dios su vida: su Dios se convirtió en su guardián, el custodio de sus haberes.

Jesús, que quiso poner sobre aviso a la gente del comportamiento mezquino de los letrados, no pasó por alto la actitud desinteresada de la viuda. Quienes creen necesitar de Dios para hacerse valer frente a los demás, quienes honran a Dios para ser honrados, quienes buscan a Dios porque desean ser buscados, no se merecen el Dios que necesitan. Dios no puede convertirse en la excusa para atesorar honores y privilegios; y la tentación es constante, sobre todo, en quienes más honran a Dios, y con sinceridad indiscutible. Perdemos el respeto que le debemos cuando le respetamos a Él sólo para exigir respeto de los demás, cuando secretamente deseamos obtener para nosotros el honor que concedemos a Dios. De nuestra relación con Dios no deberíamos sacar más provecho que el de tenerle cerca, conocerle más y obedecerle mejor. Sólo así nos distinguiremos de aquellos letrados que Jesús criticó.

Pero no basta para ser discípulos de Jesús con no aprovecharse de Dios para mejorar nuestra posición y nuestros haberes. Habrá que imitar la actitud de la viuda, quien supo poner en manos de Dios lo poco que aún tenía para sostener sus días; sabiendo poseer poco, poco le costó desprenderse de ello y así puso en Dios toda su confianza. Dios, como Jesús en el templo, sabe descubrir en nuestra pequeña oferta la voluntad que la guía; y le llamará la atención nuestra confianza más que la cantidad confiada; nuestro depósito ante Él no serán los dones que le hacemos, sino la fe que le prestamos. Es bueno saber que Dios se contenta con poco, si es todo lo que tenemos; si nos exige desprendernos de lo que no nos sobra, no le preocupará que sea mucho o poco lo que le ofrezcamos: le bastará con que le demos cuanto tenemos; haciendo a Dios depositario de nuestros bienes, le hacemos nuestro tesoro y nuestro tesorero; en Dios así es fácil confiarse, totalmente, puesto que no espera de nosotros más que lo poco que tenemos. Nuestra pobreza es el don que espera de nosotros. Un Dios así nos pone fácil la entrega que le debemos.

Tomemos en serio la advertencia de Jesús y su exhortación: no sigamos aprovechando nuestra relación con Dios, una relación que todos nos deseamos privilegiada, para alcanzar privilegios de los hombres; empecemos por confiar a Dios nuestra pobreza, para que logremos tener en Él nuestro único tesoro. Ser discípulo de Jesús, ser creyentes en Dios, ser cristianos hoy, lejos de asegurarnos triunfos y honores, nos exige poner a disposición de Dios incluso cuanto necesitamos: así se cuidará Él de nosotros, sin haber tenido que ofrecerle más de cuanto teníamos. ¿Podríamos recibir más a cambio de menos?